

Aquello había ocurrido durante la primavera de 1689. Matsuo Bashoo, maestro de poesía, partía con su discípulo Sora hacia las tierras del norte del Japón. Discípulos y amigos los despidieron en Edo, esa vieja Tokio, entre un delicado y cálido regocijo.

Antes de que las espaldas de los viajeros desaparezcán en el horizonte, Bashoo, algo apenado por la separación de su comparsa, les regalaba un haiku:

*Se va la primavera.
Lloran las aves, son lágrimas
los ojos de los peces.*

El budismo y la cultura japonesa.

Japón es uno de los países cuya cultura debe bastante a los chinos, tal es el caso de su religión budista, su inicial escritura y su arte literario, ligadas ellas en gran medida. En efecto, antes del siglo V, el país del sol naciente tenía como casi única expresión religiosa al shinto, "camino de los ilustres", cuyo culto a los muertos estaba muy vinculado con las fuerzas atmosféricas y geológicas, al igual que con el de héroes legendarios, familiares o comunales, fenecidos. Pues bien, es en el año 538, cuando el emperador de Kudara (Corea) obsequia a su homólogo japonés algunos ejemplares de sutras ("textos" con las enseñanzas búdicas, las cuales a su vez habían llegado desde China), al mismo tiempo que una pequeña estatua búdica; la lengua en la que aquellos sutras estaban escritos era el chino de la época, compartido por los coreanos de entonces como forma de comunicación escrita.

Dante Oliva.

El Haiku. Camino de Matsuo Bashoo

*"Nadie emprende
este camino salvo
el crepúsculo de otoño."
Bashoo*



Para los japoneses no fue difícil incluir los contenidos de aquellos sutras dentro de su acervo cultural religioso, al igual que la forma ideográfica de la escritura china (los japoneses desarrollaron posteriormente un alfabeto silábico que remodeló su escritura). El budismo logra un espacio en el archipiélago, que sumado al delicado amor hacia la naturaleza del sentir shinto, al igual que las influencias del taoísmo chino, lograría configurar un particular matiz budista, la forma japonesa conocida como zen.

Si bien es cierto que la primera intromisión budista en Japón es coreana, ella se debe a la previa irradiación china del budismo chan, de grandes influjos taoístas, a través del este asiático. Los japoneses adoptaron de la tradición chan, por ejemplo, la singular forma de meditación conocida como koan, por la que los discípulos budistas son expuestos a la resolución de una "pregunta-encrucijada", que suele ser de corte elíptico e, incluso, ilógico. Es, pues, el budismo chan de China predecesor directo del budismo zen japonés.

Teitaro Suzuki, renom-



brado propalador del zen en occidente, comenta las posibilidades de aprendizaje inherentes en los koan: *"La inteligencia, la moralización o la conceptualización son necesarias [en el koan] solamente para comprender sus propias limitaciones. El ejercicio del koan pretende hacernos comprender esto íntimamente."*



Un koan traído por los budistas desde China versa: *"El Buda predicó durante cuarenta y nueve años y, sin embargo, su lengua jamás se movió"*. La tarea del discípulo o aprendiz zen frente a este o cualquier koan, generalmente propuestos por los maestros, consiste en hallarle un sentido, un significado, una posible interpretación relevante para la formación de su espíritu budista, más allá de los signos aparecidos a primera vista. En las sesiones de resolución de los koan, en palabras de Samuel Wolpin, *"(...) no rezan la jerarquía ni los reglamentos, la educación ni norma alguna (...)"*. De lo anterior, una "sesión" de resolución de koan puede sostenerse a partir de las actitudes más convencionalmente absurdas en sus participantes, maestro

y discípulo.

La resolución de los koan resulta, pues, parte importante del camino figurado por el budismo japonés; a partir de ellos el estado de "iluminación y lucidez", conocido como satori, puede aparecer ante el discípulo. Sin embargo, el zen no contempla métodos únicos para lograr la lucidez mencionada, no habría, pues, un único dharma. Así, cada momento de la vida, grande o pequeño, se torna importante y rico para el budista. La lucidez habita, así, potencialmente en la realidad vital de cada instante.

El Haiku.

El haiku es un estilo poético japonés y, al mismo tiempo, es más que eso (aunque a primera impresión sólo se caracterice por su brevedad y un carácter de apariencia inexpresiva). Para explicar su origen histórico habría que considerar en principio el tanka (o waka), su progenitor más antiguo, cuya silabificación tenía la forma siguiente: una estrofa de tres versos de cinco, siete y cinco sílabas respectivamente, y una segunda estrofa de dos versos de siete sílabas cada uno. El tanka aparece en Japón durante el periodo Nara (s. VIII ne.) y es de su primera estrofa, llamada "hokku", de donde proviene el posterior haiku, el cual copia su estilo de silabificación.

Durante la época Heian (s. VIII-XII), y como influjo de la literatura china, la poesía adquiere mayor estilización y



se hacen muy populares las competencias poéticas, por lo general festivas, uta-awase. En este contexto, aparece el otro antecesor importante del haiku, el renga (conjunto de tankas encadenados con destreza retórica y compuestos por varios poetas a un mismo tiempo). En ambos estilos, tanto en tanka como en renga, aparecía ya el tópico de la "estación del año", algo característico del naciente haiku en su plano temático, que ya en el siglo XV se podía considerar como elemento distintivo del mismo. Nótese el tópico de la estación consolidado en el siguiente haiku de Sogi (siglo XV), antecesor poético de Bashoo:

*Que ya es verano
no les digas, tormenta,
a los cerezos.*

El Haiku, Satori de Bashoo.

Matsuo Bashoo nació en 1644, en pleno shogunado de la familia Tokugawa (ocupada, entre otras cosas, en deportar a los extranjeros). Su formación inicial fue samurai, y por ello muy cercana a las moralidades y enseñanzas confucianas. Durante su adolescencia y juventud se dedicó al estudio de la literatura

china (la que lo acercó al taoísmo y al budismo chan), y japonesa (la que lo acercó al shinto de su patria y a la comprensión de la evolución histórica de la poesía japonesa). En 1681 conoce a Bucchoo, maestro zen, y se convierte en su discípulo. Este último hecho es crucial, pues es con el elemento zen que el haiku logra constituirse plenamente, más que en un estilo literario solamente, en estilo de asumir la existencia. Así, Francisco Rodríguez-Izquierdo reproduce la famosa escena en la que



Bashoo crea el haiku de "la rana del estanque", momento en que los discípulos de su escuela poética, "Los 10 filósofos", y Bucchoo creen que el poeta ha alcanzado el nirvana, la iluminación, el estado en el que se comprenden las cosas:

"(...)¿Cuál es la ley del Buda antes de que el musgo verde brotara?

- preguntó Bucchoo a Bashoo. Oyendo el sonido de una rana que saltaba hacia el agua, Bashoo exclamó:

-Al zambullirse una rana, ruido de agua. (...)"

Fue pleno el regocijo de los discípulos de Bashoo, al

mismo tiempo fundador de una escuela poética configuradora del haiku como equivalencia de un estado de lucidez instantánea, de un satori, al mismo tiempo heredera de las doctrinas Danrin, la "poética libre de entramados retóricos", y de las viejas ideas taoístas. Fue pleno, también, el regocijo del maestro Bucchoo, quien encontró en aquella respuesta, además de su belleza, el instantáneo nirvana de su discípulo. La tradición cuenta cómo los embelesados discípulos intentaron completar la frase dicha por Bashoo con un verso más, para tener así un haiku, siendo el propio Bashoo quien lo concluyera:

*Un viejo estanque;
al zambullirse una rana,
ruido del agua.*

A diferencia de la gran parte del arte de inspiración europea, sobre todo en sus manifestaciones más modernas, en el haiku no sólo es importante el producto final, importa también el camino implicado en el poeta para la constitución de éste. Con la escuela de Bashoo, el haiku ve en el proceso de creación el importante elemento que requiere el producto final, la capaci-





dad intuitiva de comunión del poeta con el cosmos, con la verdad ontológica, similar al samadhi hindú pero en un instante cualquiera, y libre de entramados retóricos como en el satori del budismo zen.

Era la primavera de 1689 cuando Bashoo y Sora, uno de sus discípulos poetas, emprendieron un viaje de peregrinación que duraría seis meses hacia el templo de Amateratsu (diosa solar shinto), en Ise. El diario de aquel viaje, "Oku no hosomichi" ("Sendas de Oku" o "Las sendas hacia tierras hondas"), es un manifiesto delicioso de la naturaleza poética instaurada por Bashoo y del arte zen, al mismo tiempo que metonimia de ese vital vicio que encuentra en la trahumancia y el cambio una motivación trascendental, una manera de encontrar las verdades. La obra está compuesta por haiku y prosa poética, haibun, y cada línea está plagada de delicadeza y delicia... Luego de que Kaemón, eventual amigo de los viajeros en el recorrido hacia templo de Ise, los guiara por el bosque de pinos, y por templos y santuarios, llega el momento de la separación; cuenta Bashoo: "(...) Como despedida nos dio dos

pares de sandalias con cordones teñidos en azul marino (...) y le correspondí con este poema:

*Flores de lirio
pondré en mis pies, cordones
de mis sandalias."*

El viaje hacia Oku, "tierras hondas", fue el penúltimo de los cinco grandes viajes de Bashoo. Leslie Dawner, estudiosa de la literatura japonesa, recorrió el mismo camino hace algunos años y cuenta que, curiosamente, "ha cambiado muy poco". La tradición del haiku, asimismo, fue continuada entre otros por los grandes Buson, Issa y Shiki... El camino ya había sido trazado, Bashoo había sido el inicio de aquella práctica religiosa y literaria, de aquella estética. Matsuo Bashoo murió en 1694, durante su quinto viaje, en el camino, antes de morir, y en golpeado estado de salud, decía:

*Habiendo enfermado en el camino,
mis sueños
merodean por páramos yermos.*



Bibliografía:

- BASHOO, Matsuo. Sendas de Oku. Texto caligrafiado e ilustrado por Yosa Buson. Versión castellana de Octavio Paz y Eikichi Hayashiya. Kioto, Benrido. 1992.
- BASHOO, Matsuo. Senda hacia tierras hondas. Madrid, Hiperión. 1994.
- CAMPBELL, George. Compendium of the World's Languages. London, Routledge. 1991.
- EDAF. Dhammapada, el camino del Buda. Versión de Narada Thera, traducido por Ramiro Calle. Madrid, EDAF. 1996.
- RODRÍGUEZ-IZQUIERDO. Fernando. El haiku japonés. Historia y traducción. Madrid, Hiperión. 1999 (3era edición).
- WOLPIN, Samuel. Textos y meditaciones sobre el zen. Buenos Aires, Kier. 1984

